

UN BASCONGADO ILUSTRE Y FILÓLOGO EMINENTE.

BREVE NOTICIA BIOGRÁFICA DEL P. LARRAMENDI.

Introduccion.

Allá á fines del siglo XVII, quando nuestro suave y dulce idioma euskaro, que tanto amamos, se hallaba olvidado y oculto bajo el desprecio de los extraños, por la ignorancia de unos y la desidia de otros, nació en las montañas euskaldunas un varon egregio que venia á poner en su debida luz las cosas, á levantar sobre los más bellos idiomas el más perfecto de todos ellos, á acabar con la ignorancia que en esta materia reinaba, á desterrar la pereza, y á reducir á la nada, por medio de su gallarda pluma, los vanos é infundados desprecios que se inferian al bascuence.

La amorosa Providencia de Dios nos enviaba á este varon ilustre quando más le necesitábamos, para que no se perdiera el bascuence, para que no se perdieran esas buenas costumbres al bascuence íntimamente adheridas, para que no se perdiera la fe que, por largos siglos, habiamos sabido guardar viva y pura, la fe santa que mostramos al mundo, al ondear la noble bandera del Lauburu.

Todos repetimos con merecido amor el nombre de este insigne varon: es el P. Larramendi!

Comienzo á escribir una breve noticia de su vida, llevado del amor que á su memoria profeso, sin pretensiones de ninguna especie, por estar convencido de que la empresa supera en mucho á mis escasas facultades.

Poseedor de no muchos datos, y sin un estilo gallardo que sepa hacerlos valer, no puedo aspirar á que este humilde trabajo sea digno del P. Larramendi, ni abrigo semejante ilusion. Si algo vale, viva será mi alegría por haber contribuido con un granito de arena á la honra de mi país; si nada absolutamente vale, espero que no faltará quien me supla con ventaja, y lleve este granito de arena que á mí no me es dado llevar.

I.

Nacimiento y primeros años del P. Larramendi.

En la muy noble provincia de Guipúzcoa, madre de muchos grandes, pulcros é inmortales varones, sobre una de las colinas que rodean á la villa de Andoain, vése una casería denominada Garagorri. En esta casería de Garagorri, casa solariega, nació el P. Manuel de Larramendi en 25 de Diciembre de 1690. Fueron sus padres Domingo de Garagorri y Manuela de Larramendi, de limpia sangre y noble y dilatada estirpe, quienes cuidaron del niño y le criaron, á la manera como se criaba á los niños en aquel tiempo, en el santo amor y temor de Dios, como si hubieran adivinado que en sazón habia de producir abundantes frutos en bien de la patria. Y no fué vana ilusion la suya.

Mas antes de continuar la narracion, bueno será estampar aquí su partida de bautismo, copiada de los libros parroquiales de Andoain. Dice así el referido documento:

«En 25 de Diciembre de 1690 bauticé á Manuel Garagorri, hijo de Domingo de Garagorri y Manuela de Larramendi, siendo padrinos Juan de Echagoyen y María de Zumeta, á quienes advertí el parentesco espiritual. Nota: Manuel de Garagorri, al ingresar en la Compañía de Jesús, cambió su apellido por el de Larramendi.»

Se ignora á punto fijo la causa por que antepuso el apellido materno: del documento que queda copiado se deduce que, hasta que ingresó en la Compañía de Jesús, debió ser llamado Manuel de Garagorri el hombre ilustre que nació en la casería de igual nombre; pero en el archivo de Loyola existe otro manuscrito, al parecer de algun

compañero del inclito P. Manuel, y en él se dice que le llamaban Larramendi en Hernani, á donde fué conducido á estudiar las primeras letras, y que despues siguieron todos llamándole de igual manera, con no poco sentimiento de su padre y de sus parientes por línea paterna.

Lo que sí nos consta, es que desde sus primeros años mostró claro entendimiento y aficion sin límites al estudio, y que con sus agudas preguntas ahondó en las entrañas de muchos saberes.

Así, cuando vieron sus padres y allegados la facundia de Manuel, y el amor que profesaba al estudio, se decidieron á ponerle en camino de subir al monte de la sabiduría, y le enviaron, al efecto, á adquirir nuevos conocimientos á Bilbao, en donde residia un tio suyo, miembro de la Compañía de Jesús. Si bien permanece envuelta en sombras esta primera parte de la vida del P. Larramendi, el ingenio y profundidad que demostró en su edad madura, nos autoriza á conjeturar, fundadamente, que tambien entonces se revelaría la centella de su ingenio, á la manera que suelen revelarla en sus principios todos los sabios.

Conocido es el tierno amor que todos los padres tienen á sus hijos, y las grandezas que para ellos sueñan. Indudablemente se soñaría tambien en Garagorri cuando veían el despejo y agudeza del tierno Manuel, ¿Quién adivinara los propósitos que en las primeras horas de las largas noches de invierno abrigaban los padres de Manuel cuando departían al amor de la lumbre? Pero ya para entonces abrigaba tambien los suyos el jóven; ya para entonces habia aprendido que era como humo y nada la grandeza del mundo, y no era su corazon de los que se satisfacen con la nada.

II.

Vocacion de Manuel.

Agil y esbelto de cuerpo, hermoso de rostro, y resplandeciendo en sus ojos y frente los rayos del vivo amor que profesaba á Dios, se presentó en Bilbao, á las puertas del Colegio, solicitando la sotana de la Compañía de Jesús cuando todavía no habia cumplido diez y siete años.

¡Oh! ¡Cuán hermoso testimonio de saber dió Manuel al ofrecer al Sumo Hacedor su florida juventud, al dejar el mundo, al dejar hasta el hogar paterno para servir mejor á su Dios y Señor! Muchos hay que dicen que á la juventud hay que darle lo que se le debe (no sé yo de dónde nace esta deuda); y creen que basta consagrar á Dios algo de los últimos momentos de la vida cuando no se sirve para otra cosa... ¡Locura desatentada! ¡Desenfado sin ejemplo! Los que tal dicen olvidan que hemos nacido para amar y servir á Dios; olvidan que á Dios le pertenece la juventud, lo mismo que la vejez; los que tal dicen pretenden emplear en contra del Señor la mejor porcion de la vida que el Señor les ha concedido.

Manuel no podia alentar esta imperdonable ingratitud, porque sabia que todo cuanto poseía se lo debía al Creador. Con ánimo de satisfacer esta deuda sagrada ingresó en la Compañía de Jesús en 6 de de Noviembre de 1707. Para ello era menester despedirse para siempre de los padres, de los deudos, del hogar, de todas aquellas cosas y lugares que tantos dulces recuerdos encerraban, y de todas se despidió. Amábalas de corazon, pero recordaba lo que Jesucristo habia dicho: *Qui amat patrem aut matrem plus quam me, non est me dignus*, y Jesús era antes que todo.

Pudo haber álguien, dado á los placeres de la tierra, que compadeciese á Manuel, porque iba á ocultar su fresca y lozana juventud; tambien pudo Manuel compadecerse á su vez de los que tal pensaban, y elevar por ellos al cielo, allá en el rincon de la iglesia, preces fervorosas, hijas de un corazon encendido y de un ánimo humilde.

III.

Ingreso y noviciado en la Compañía de Jesús.

Despues de dar los primeros pasos en el colegio de Bilbao, enviáronle sus superiores al noviciado de Villagarcía, donde siguió limpiándose del polvo del mundo y adornando de virtudes su alma. De allí fué á Medina del Campo á estudiar artes y filosofia. En estos lugares aprendió el silencio, la obediencia, la oracion, la negacion de su propia voluntad; en estos centros demostró su aptitud para todo linaje de saber, sobresaliendo entre los más aventajados estudiantes, y ocultando su ciencia bajo el velo de la modestia más encantadora.

Dirigióse despues á estudiar teología en el renombrado colegio de Salamanca, y allí tambien mostró una vez más su capacidad é ingenio, llegando á ser considerado como uno de los primeros teólogos.

Como en su alma tenia hondas raíces la humildad, nunca se estimó superior á sus compañeros, y veíasele manso y placentero acompañarse de aquellos mismos, á quienes en las disputas escolásticas, estrechaba y enmudecía con el peso de sus razones.

Era superior á todos sus discípulos, segun afirma su maestro, el P. Luis Losada. De entendimiento poderoso y notabilísima memoria, era, cuanto á la voluntad, bueno entre los mejores, de alma y corazón grandes y bien nacidos, incapaz de nada ruin y miserable, dispuesto siempre á coadyuvar como el primero á toda empresa noble y generosa.

Siendo de los más aventajados, considerábase siempre á sí mismo como el último, como poco más que nada. ¡Cuán cierto es que el verdadero saber y la humildad se unen y hermanan admirablemente! ¡Cuán de veras aprendió el P. Larramendi aquella sentencia de Jesús: *Qui se exaltat humiliabitur, qui se humiliat exaltabitur*. Por eso le levantó Dios, por eso nosotros tenemos que ensalzar su nombre, para que en todo el mundo sea conocido y respetado.

IV.

El P. Larramendi, Profesor.

Cuando finalizó todos sus estudios, comenzó, por mandato de sus superiores, á enseñar. Primeramente enseñó teología en Salamanca, como profesor auxiliar, por espacio de tres años. De tal manera se distinguió entonces en aquel gimnasio de todas las ciencias, que era voz pública que hasta entonces no se habian conocido certámenes tan agudos y luminosos como aquellos á que dió vida el genio del ilustre guipuzcoano.

Despues fué maestro en la provincia de Palencia y Valladolid, ins-
truyendo en la filosofía á los hijos de la Compañía de Jesús, y vuelto de nuevo á Salamanca, pasó todavía tres ó cuatro años dedicado á la enseñanza.

Con ser tan profundos y admirables sus trabajos de enseñanza, aún hallaba tiempo para explicar la divina palabra desde la sagrada

cátedra, y tan doctos eran, y tan oportunos sus sermones, que los profesores de la Universidad, las dignidades de la iglesia Catedral, los sabios todos y hasta el pueblo entero le conceptuaban como uno de los maestros más eminentes en la predicacion.

Hé aquí lo que acerca de las enseñanzas y sermones del P. Larramendi nos dicen dos personas de reconocido saber. El P. Juan Agustín Arzác y Echeveste, Rector del Colegio de San Bartolomé, se expresa de esta manera: «En las tareas de su magisterio se emplea con los créditos que Salamanca sabe, y publica, sin negarse á repetidas funciones de púlpito, donde logran sus singulares talentos, universales aclamaciones, arrastrando su nombre concursos en teatro tan crítico, que siempre le oye gustoso». D. José Larumbe dice por su parte: «En la cátedra y en el púlpito, á que le precisan sus talentos y los molestos encargos en las funciones más plausibles, ha sabido merecerse universales aplausos de este teatro tan, sabio y crítico; porque son tan sobresalientes sus prendas para uno y otro ministerio, que solo deja la duda, si en alguno se excede á sí mismo». En el manuscrito antes citado, y existente en el archivo de Loyola, se lee: «En tres cuartos de hora, poco más, predicaba quince y diez y siete hojas de cartapacio, letra muy menuda, en Salamanca, y con tal claridad, que nunca se rozó ni le perdimos palabra: con tal vehemencia y persuasiva, que clavaba en las paredes y en los corazones las sentencias, y movía á lo que quería á los auditorios. Era el clarín de púlpito y de España. Hacía llorar ó reir con poca interrupcion, y casi sin resistencia hubiese asombrado al mundo, á haber dado por las misiones, y hubo jesuita que se lo dijo, y él respondió *que no correspondía á su voz y al ministerio la tibieza de su vida*».

Por todas estas dotes se difundió por ámbitos extensos la fama del saber y la elocuencia del P. Larramendi, y encontró éste donde quiera multitud de sabios amigos.

DOMINGO DE AGUIRRE.

(Se continuará.)





UN BASCONGADO ILUSTRE Y FILÓLOGO EMINENTE.



BREVE NOTICIA BIOGRÁFICA DEL P. LARRAMENDI.



V.

Confesor de la Reina.

La trompa de la fama llevó el nombre del P. Larramendi hasta el palacio de la Reina. Eralo á la sazón Doña Ana María de Newburgo, viuda de Carlos II, quien, conocedora del renombre de que gozaba el P. Larramendi por su vasto saber y prudencia quísole llevar á su lado para confesor. Pidió este favor á la Compañía de Jesús, sus superiores ordenaron á Larramendi que fuese, y aquel que habia abandonado lugar y pueblo nativo, padres y parientes por seguir la voluntad divina, abandonó tambien, por atender á los mandatos que Dios, por medio de sus superiores, le daba, abandonó, decimos, la ciudad de Salamanca, sus cátedras y estudio, sus disertaciones, sus doctos amigos, y, recibiendo la bendición de sus superiores, pasó á Toledo allá por los años de 1730.

Una vez más se negaba á sí propio, pues no era su inclinación nativa la de alternar con gente palatina, como no lo era tampoco la de brillar y sobresalir en cátedras y púlpitos.

El cargo delicadísimo de confesor de la Reina lo desempeñó con exquisita prudencia, hasta que aquella señora tuvo que dar cuenta á Dios de sus actos, segun unos;¹ hasta que el amor á la soledad le obligó á renunciarlo, segun otros.² Sea como fuere, lo cierto es que no empleó en vano el tiempo en que lo desempeñó. Confesábanse tambien con el P. Larramendi, sometíanse á su direccion espiritual muchas otras gentes, y no era pequeño el consuelo que experimentaba el virtuoso jesuita cuando ejercia este sagrado ministerio con pobres desvalidos y cubiertos de miseria.

Aun cuando no sea este el lugar más adecuado para referirlo, he de relatar, sin embargo, un suceso que acaeció más tarde al P. Larramendi por haber sido confesor de la Reina. Este suceso pone de relieve la serenidad de su alma. Estaba el P. Larramendi en una posada de Bayona disponiendo sus cosas para volver á España, cuando entraron á notificarle un auto de justicia los ministros de ella. Era la suma del despacho, que dentro de tantas horas pagase una gruesa suma á los demandantes, á los cuales resultaba deberse desde los tiempos en que dicho Padre fué confesor de la Reina viuda. Dijéronle, además, que de no pagar luego la cantidad exigida, le embargarían persona y bienes, y guardaría la casa ó la ciudad por cárcel desde la hora en que fuese notificado.

Oyó la notificacion del auto sin alterarse, y aunque demostró, con muy buenas razones, que aquella deuda era vieja y no suya, sino de la Reina, y que nadie le habia hecho constar de ella hasta aquel dia, y ofreció sus buenos oficios para obtener la solucion de la Corte de España, en caso de ser legítima la deuda, no por eso se aquietaron los demandantes. Entonces el P. Larramendi les dijo con afable sonrisa: «Señores, bienes no tengo, sino estas pocas ropas; de ellas y de mi persona disponga la justicia como mejor le parezca. Doyme por preso, aunque sin culpa, y espero que álguien me mantenga de limosna si ya alguno de tantos como procuré servir en tiempo de mi Rei-

(1) *Vidas de algunos esclarecidos varones guipuzcoanos de la Compañía de Jesús.*

(2) El manuscrito anónimo del archivo de Loyola, publicado recientemente por la revista EUSKAL-ERRIA, dice:... «Lo que es cierto y sin duda, es que él mismo se despidió y le costó mucho la licencia ó el permiso de S. M., y que el amor del retiro y de sus libros le obligó á la despedida.» Lo mismo dice el P. Fita.

na y señora en esta ciudad no se moviese á hacerlo por buena correspondencia».

Por más que se le instó, no hubo forma ni de dar quejas, ni de visitar ó presentarse al Alcalde ni al Comandante general ni al señor Obispo, ni á otro amigo alguno que pudiera interceder para que le pusieran en libertad: lo único que hizo fué orar con la serenidad y tranquilidad de siempre.

La conclusion de esta historia fué que uno de los jesuitas que estaban con el P. Larramendi se presentó en el palacio del Comandante general, y despues de disputar con él larga y reciamente, obtuvo que rasgara con su mano el auto de prision. Mas no por esta decision se notó en el ánimo del P. Larramendi satisfaccion ni desconsuelo alguno; sin inmutacion vió el comienzo de este suceso, y con la misma tranquilidad y sosiego su terminacion.

Testigos de este acontecimiento fueron el P. Domingo Patricio de Meagher, maestro de Salamanca, festivo poeta euskaro, y el P. Pedro Zabala, Rector del colegio de Pontevedra.

VI.

El P. Larramendi en Loyola.

Como cuando dejó de ser confesor de la Reina se sentia algo delicado de salud, sus superiores le destinaron á Loyola. ¡Cuál sería el placer del P. Larramendi al abandonar los campos castellanos por la tierra euskara, la vida agitada del mundo por la santa soledad, el palacio de la Reina por la casa nativa del gran San Ignacio!

Mas no vino á reposar de sus fatigas. Continuó, mientras vivió, consagrado á instruir al pueblo fiel en el Santo Sacramento de la Penitencia, y desde la Cátedra Sagrada de Loyola y de casi todos los pueblos de Guipúzcoa á dirigir á las conciencias por medio de ejercicios espirituales. Y todo á mayor gloria de Dios, de conformidad con el hermoso lema que aparece en la bandera de la Compañía de Jesús.

Por este mismo tiempo escribió diversos opúsculos contra los herejes que, por entonces, comenzaban á conturbar á España, sostuvo

nutrida correspondencia con los doctos de varios países, y recibió las visitas de algunos de ellos que vinieron á verle de Francia y de Italia.

VII.

Escritos del P. Larramendi.

Estrechos eran, para este hombre ilustre, los ámbitos de la cátedra y del púlpito: su nombre no cabía en Salamanca, ni en España: su vasto saber no podía permanecer oculto é ignorado. Dios se lo había concedido para el bien de la humanidad, y en bien de la humanidad debía invertirse.

Así, estando en Salamanca, escribió un magnífico libro que se titulaba:

1.^o *Tractatus de controversiis divinæ gratiæ adversus jansenistas.*

En este trabajo demuestra el autor su profundo saber teológico, su ingenio agudísimo y la fuerza de su argumentacion en contra de los novísimos herejes de Francia Jansenio, Quesnel y Febronio.¹ ¡Es de lamentar que no hubiese visto la pública luz este importante libro antes de que los herejes, contra quienes se dirigía, hubieran causado los males que causaron á la cristiandad!²

Hé aquí otras obras que escribió en latin:

2.^o *De systemate scholastico scholarum catholicarum*, en que se esfuerza por conciliar todas las escuelas católicas, con la rectitud y oportunidad que se revela en todas sus obras. Su lema, dice el P. Fita, podría ser: «En lo necesario, unidad, en lo dudoso moderacion, en todo caridad.»

3.^o *Fides greca galorum*, rebatiendo la herejía galicana.

4.^o Otro trabajo, cuyo título ignoramos, contra los novísimos pareceres de los jansenistas de aquella nacion.

5.^o *Concordiæ phisicæ prædeterminationis ac scientiæ medicæ.*

6.^o *De gratia sufficienti et efficaci excerpta*, el P. Gabriele Daniele.

(1) *Vidas de algunos varones ilustres de la Compañía de Jesús.*

(2) Este trabajo y los cuatro que siguen, permanecen todavía inéditos.

7.º *De Constitutivo divinx libertatis.*

Entre las que escribió en castellano se conocen:

1.º *Antigüedad y universalidad del bascuence en España.* Dedicada al Duque de Granada. Esta es la primera obra notable del P. Larramendi.

2.º *Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria;* cuestion decidida si las provincias de Bizcaya, Guipúzcoa y Alaba estuvieran comprendidas en la antigua Cantabria.

3.º *Corografía, ó descripción general de la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa.* En esta obra se refiere la historia de Guipúzcoa, se describe la provincia, sus rios y mar, la pesca de la ballena, fuentes, aire, montes, camino, cosechas, fuego, ferrerías, pueblos y caserías, gobierno, juntas, diputados, hermandades de los pueblos, gobernador, estado eclesiástico, seroras religion, nobleza de Guipúzcoa, nobleza preeminente y parientes mayores, hermosura corporal de los guipuzcoanos, viveza de accion, ingenio é inclinaciones, bienes y medios de vivir, la Real Compañía de Caracas, trajes, costumbres en cuanto á enterramientos, fiestas, diversiones, danzas de tamboril y todos los dialectos del bascuence, dando fin al libro con una merecida apología de los hijos de Guipúzcoa,

En este trabajo se revela muy especialmente el gran amor que á su tierra profesaba el P. Larramendi.

4.º *Reglas y constituciones cuerdas, claras y santas para monjas que, ó redujo á vida comun y conforme, ó reformó y puso en orden y observancia.*

5.º *Nueva demostracion del derecho de Vergara,* escrita para hacer ver que San Martin era natural de aquella villa.

6.º *Notas al manifiesto de Beasain,* sobre el mismo asunto.¹

7.º *Disertaciones y dudas sobre las obras de Mayans, de los diaristas matritenses, etc,*

8.º *Conferencias curiosas, políticas, legales y morales sobre los fueros de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa.*

9.º Multitud de opúsculos.²

(1) El autor de las *Vidas de algunos esclarecidos varones de la Compañía de Jesús* duda que estos dos trabajos sean del P. Larramendi.

(2) D. Juan Ernesto Delmas da noticia de muchas otras cartas, escritos y papeles del P. Larramendi, en las páginas 305, 306 y 307 del tomo XIV de la revista EUSKAL-ERRIA.

En bascuence.

- 1.^o Catecismo del P. Astete, traducido al bascuence.
- 3.^o Una gallarda y hermosísima carta, dirigida al P. Mendiburu.
- 3.^o Panegírico del gran doctor de la Iglesia San Agustín.¹

DOMINGO DE AGUIRRE.

(Se concluirá.)

MORO KONTUBA.²

Uri, gaur kontu kontari
nai nazulako para zuk,
esango dizut zeroni,
bat neri esana Bensus-k,
pasia moro Assan-i.

Gabaz aituba det ori,
Abbas-ko kanpamentuban;
aitu bada izar Uri,
gorde dezazun kontuban,
kontu kontatuba neri.

Assan biursari³ bat zan,
Afrikan emana jira;

(1) No sabemos á punto fijo dónde se dijo este panegírico. Dicese que lo fué en uno de los siguientes pueblos, en Azpeitia, Motrico, Mendaro, Placencia ó Hernani, en todos los cuales hay conventos de monjas Agustinas. El P. Franciscano Fr. Ignacio de Eguía posee en Aranzazu ó Zarauz el primer manuscrito de esta oracion.

(2) On Pedro Antonio Alarkon jaunaren moldaera euskaratuba.

(3) Trovador.



UN BASCONGADO ILUSTRE Y FILÓLOGO EMINENTE.

BREVE NOTICIA BIOGRÁFICA DEL P. LARRAMENDI.

VIII.

El imposible vencido.—Diccionario trilingüe.

De propósito he dejado de mencionar entre las demás obras del P. Larramendi estas dos selectas y magníficas: por estos libros se ha difundido especialmente la fama de este sabio, y ellos son los que han sido causa principalísima de las alabanzas que se han tributado á su ciencia. Y con harta razon.

Por cosa dificilísima, casi imposible, se tenia el componer una gramática bascongada; y aun cuando del todo no sea verdad esta suposicion, lo es en gran parte, porque si no era imposible para el P. Larramendi, hubiéralo sido para muchos otros.

Para ello conviene saber que no se habia escrito nada en la Euskal-erria acerca de esta materia. Este gran pueblo tenia muchos hijos doctos, ingeniosos y preclaros, pero ¡dolor causa decirlo! muy pocos eran los que conocian las excelencias del bascuence, su lengua propia y materna, porque tambien es cierto que apenas se habia dedi-

cado nadie a ensalzar sus perfecciones, y el terreno permanecía del todo inculto.

Necesitabase, pues, un talento que tuviera fuerza bastante para sobreponerse á todos esos obstáculos; necesitabase, un corazon encendido en amor á la patria, para que en bien de esta patria empleara sus luces y su saber, si bien no habian de dejar de ser consagrados tambien á otros asuntos no ménos altos. Y surgieron este entendimiento y este corazon en el P. Larramendi, y éste concibió y ejecutó la gramática que intituló *El imposible vencido*.

No son pocos los incapaces de ejecutar una obra notable, pero muy propensos á buscar los defectos de que adolecen las ajenas, sin fijarse para nada en sus bellas cualidades. Por eso, muchos de estos dicen de la gramática del P. Larramendi, que no es un trabajo bien acabado, que se resiente de muchas imperfecciones. Puede ser cierto, y eslo en verdad, que esta gramática, primera en su género, no carece de varias faltas: pero quién es apto para ejecutar, en asunto tan grave y difícil, una obra bien acabada y perfecta, cuando nadie le ha trillado el camino por donde debe seguir? ¿No es verdad que este trabajo ha sido fuente y base de cuantos idénticos se han hecho con posterioridad? ¿No es cierto que nos enseña mil cosas que ignorábamos? ¿Qué más puede decirse?

No se envaneció el P. Larramendi por haber dado cima á tan árdua empresa: reconocía que otros pudieran hacer mas cuando al dirigirse á la provincia de Guipúzcoa, le decía que había recibido con timidez y confusion el encargo de componer este libro, y que le quedaba el consuelo de que el ser suyo podria contribuir á la estimacion y concepto del bascuence, puesto que si aun su cortedad pudo descubrir en esta lengua tan grande arte y armonía, fácilmente podria inferirse lo que sería cuando tratára este asunto ingenio más feliz que supiese penetrar ó descubrir con más acierto el arte con que la formó su primer autor. «El P. Larramendi dice al principio de su gramática que reconocía en esta obra muchos defectos, que no pudo corregir, por estar léjos del país donde pudiera instruirse más»; pero nadie será osado á negar que esta gramática ha sido luz de todas la posteriores, y que el P. Larramendi prestó al país un servicio que hasta entónces nadie le había prestado, y abría un sendero desconocido quizá de los mismos euskaldunas.

Con razon exclamaba el antes citado D. José Larumbe: «y como

yo, aunque práctico en la lengua, era uno de los que juzgaban por imposible, viéndola ahora practicada con acierto y con primor, confieso que la obra se merece bien el título (que lleva), y que sabe vencer imposibles el singular ingenio de su autor.» El P. D. Juan Domingo de Arzac dice á su vez: «Y si todas las cosas deben á la luz mucha parte de su ser, pues sin ella no se lograría su hermosura y perfecciones, mucho debe la lengua bascongada al Rdo. P. Larramendi, cuyo ingenio pudo descubrir y hacer patentes los primores de esta lengua».

Por último, si bien D. Ramon de Guereca, en el prólogo que antecede á la gramática de Lardizabal, manifiesta que la del P. Larramendi no es propia para que la estudie cualquiera, sino como una apología del bascuence, confiesa más tarde: «Esto no es decir que el P. Larramendi se fatigó inútilmente en escribir aquella obra. Antes al contrario, hizo con ella un señalado servicio á la filología, y otro muy distinguido al país bascongado, porque sin su auxilio difícilmente hubiera podido encontrarse un hombre tan lleno de abnegacion y patriotismo, que quisiera consagrar exclusivamente sus tareas á un estudio tan árido y tan poco lucrativo. El autor de la presente obra (la gramática de Lardizabal) para poder escribirla con alguna perfeccion tuvo que consultar aquella (la de Larramendi), como la única lumbre que podía guiarle en su ardua empresa, y sin este auxilio acaso no hubiera tenido valor para acometerla y mucho ménos para concluirla.»

Y ¿qué dirémos de su otra obra magna *El Diccionario trilingüe*?

Todo corazón euskaro se regocija al leer la apología que aparece al frente de este Diccionario, tan rica de nuevos y peregrinos datos; admira la abundancia de razones con que allí se prueba la antigüedad y universalidad del bascuence en España y el carácter de lengua madre que distingue á este idioma; y se entusiasma con las agudezas dirigidas á Mayans y Armesto, para elevar al lugar que le corresponde el habla de Aitor.

Aun cuando no hubiera escrito el P. Larramendi otra cosa que este magnífico, admirable prólogo, era bastante para inmortalizar su nombre entre los sabios, y de sobra para que los euskaldunas lo guardasen como el nombre más amado de la Euskal-erría.

Pero, además del prólogo, escribió el diccionario. ¿Quién no admira este inmenso trabajo de un hombre solo? ¿Quién no advierte los esfuerzos que debió costar á su autor, para recoger y clasificar tantos

nombres y definiciones? ¿Dónde leería el P. Larramendi los libros clásicos euskaros? ¿Con qué ayuda contaba? ¿Cuántos viajes é investigaciones le costaría en Guipúzcoa, Bizcaya, Alaba, Navarra y en la region basco-francesa, en pueblos y caserías, montes y valles? ¿Cuántas inútiles preguntas, para dar con los verdaderos nombres de muchos objetos?

Tambien de este trabajo dice el P. Larramendi que adolece de muchas imperfecciones, y que está necesitado de correccion; pero ¿quién, siendo el primero en tratar un asunto, acierta á ejecutar un trabajo bien acabado? Si las corporaciones de hombres doctos, tras largos años de estudios, y con la colaboracion de personas peritísimas, no llegan á hacer una cosa perfecta, ¿cómo podrá hacerlo un hombre solo?

Aquí viene como anillo al dedo la frase de Moguel: «Con el tiempo se perfeccionan las cosas. Si no nos hubiéramos dormido con los trabajos de Larramendi, sino continuado por la senda que él inició, otras hubieran sido hoy las glorias de nuestro idioma.»

IX.

Virtudes.

De paso hemos dicho ya algo acerca de este punto. Cedamos ahora la palabra al compañero del P. Larramendi, autor del manuscrito existente en Loyola, á que más arriba nos hemos referido:

«No he visto hombre sabio y alentado más humilde, dócil y rendido; mil veces le oí decir en materias morales y de prudencia: «¿yo qué se de eso?» Y con todo nunca dejaba de responder, y regularmente daba en el hito, y con expedicion y parecia el ángel del buen consejo. Y tal vez concluía así: *«qué hizo Vuestra Merced? ó ¿qué intenta hacer y juzgar?»* y oida la respuesta satisfacía diciendo: *sí, no*, y muy al caso y con imperio, y alguna vez: *esto sí, aquello no, hágase ó deshágase tal cosa*, y no cabía dictamen más acertado y expedito.

«Nunca supo murmurar, y aún metido en ocasion y agraviado ó provocado, era un San Antonio en la limpieza de la lengua. No he

visto lengua semejante, y si se hallase incorrupta y fresca con el tiempo, á mí no me haria fuerza chica ni grande; porque lo que en él ví, es mayor milagro. Y lo mismo digo de su corazon y seso.

»Le ví obedecer y conformarse sereno, á superiores tontos, inhábiles y precipitados, y en cosas bien árduas y costosas; pero sin aire de amagos ó quejas.

Le ví en medio de su desembarazo, y hallándose muy agraviado, instar por audiencia y apretar por ella y por medios fuertes y costosos á sujeto bien visible y que se tenia por ofendido: y cerrarse en esta máxima ó mensaje, y fuí el portador yo mismo: «Pido por Jesucristo que me oiga y tome los testigos que sean de su gusto, y no diré más: Señor, vengo á darle satisfaccion y á pedirle públicamente perdon por los agravios de que se queja ó murmuran otros, sean reales ó sean imaginarios. Perdóneme, Señor, por amor de Dios, y quitemos todo escándalo del pueblo.» Esto así se hizo y no surtió efecto, sino desairarle de nuevo; y puedo jurar que nunca le oí palabra de queja ni mudó de rostro; antes bien, quedó sereno y sonriéndose.

.

»En ninguna cosa mostró el P. Larramendi más su religiosidad y la grandeza de su ánimo y moderacion, y su docilidad, obediencia, humildad y demás virtudes que en lo que le pasó con sus escritos. Costáronle mucho estudio y continuas vigílias, especialmente algunos de ellos, que son peregrinos y nuevos, ó eruditos y operosos como agudos; y otros formados con precision de tiempo y en circunstancias apretadas. Como quiera, todos y cada uno tanto de su entendimiento y sudor de su frente; y otras propias que el autor concibe, y para con las cuales la voluntad humana se encariña como el padre y la madre junto con sus hijos y descendencia; y aun mucho más, porque se atraviesan los respetos de la reputacion, del honor, la fama y semejantes.

»No obstante este grande hombre, que en las cualidades de erudicion y de ingenio, de brillantez y de desembarazo y otras, pudo ser, ó fué, reputado por muchos por un gigante de su tiempo, sujetó sus obras y con ella su entendimiento y voluntad, y hasta sus intereses y honra á amigos y enemigos, á la religion y al siglo, á razones que son razon, y á la razon de estado, y á otras, ó políticas ó nacionales, ó del tiempo, y su malicia, y á la incuria y á la censura de otros hombres, ya altos, ya chicos, ya medianos y tal vez sobre enanos y vulgares, ó no de la profesion ó émulos y apasionados, llevando con pa-

ciencia invicta y serenidad ó moderacion heróica que de sus escritos unos se tildasen ó enmendasen, otros se retardasen ó estancasen, y muchos y acaso muy buenos y los mejores, se sacrificasen ó se enterrasen vivos, ¿Quién le vió inmutarse? O ¿dónde se le oyó murmurar ó quejarse, ni aun siquiera chistar, sobre materia tan delicada y sensible, á lo ménos en estos quince años?»

Pudiéramos tambien ver lo que dice el P. Fita;¹ pero ¿qué más ha de ensalzarse á un hombre?

X.

Beati mortui qui in Domino moriuntur.

Cuando más engolfado estaba en sus trabajos encaminados á la mayor gloria de Dios, conoció nuestro biografiado que el Señor queria llamarle á su seno para concederle el premio de todos sus trabajos, amarguras, tribulaciones y sufrimientos; conoció que se hallaba cercana la hora de su muerte.

Como hacia mucho que esperaba esta hora suprema, dió gracias al Sagrado Corazon de Jesús, de quien siempre fué amantísimo, y se entregó á Él con la paz y tranquilidad del justo.

Rodeáronle llorosos y acongojados todos los Padres de la Casa, y en medio de ellos los PP. Cardaberaz y Mendizabal, que le asistian en aquel trance, en el que tambien debieron asistirle los ángeles del cielo; y modulando con sus labios breves y fervorosas preces á Jesús y María, murió en el ósculo del Señor el día 28 de Enero de 1766.

Murió este admirable sabio, varon de elocuente palabra, polemista invencible, euskalduna ilustre, amantísimo de su patria, luz y espejo de bascófilos, gloria de la Compañía de Jesús y de Guipúzcoa. Murió el P. Larramendi á los 76 años de edad, de los cuales vivió 59 en la Compañía.

¡Felices los últimos tiempos de quienes han vivido constantemente dominando á los enemigos del alma! ¡Felices mil veces los que han

(1) *Galería de jesuitas ilustres*, Madrid, 1880.

empleado las luces que recibieron del cielo en servicio de Dios y de la patria! ¡Feliz tú, oh P. Larramendi, que viviste adornando tu alma de virtudes, y amando á Dios! ¡Cuánto es tranquila, cuánto es dulce la muerte para quien ha vivido pensando en ella y amando al Señor! *Beati mortui qui in Domino moriuntur.*

Conclusion.

Murió el P. Larramendi, subió, voló á la mansion de la eterna dicha. Su muerte fué referida y cantada en brillantes escritos y versos inspirados; el rumor de estos cantos duró algunos días, pero pronto se apagaron los últimos ecos, y todo quedó sumido en ingrato silencio.

Hoy, cuando á cualquiera se erigen estatuas, no hay una tosca piedra dedicada al P. Larramendi, y que ostente esta inscripcion: *Aquí nació un ilustre bascongado*; y pocos son los que saben dónde nació y murió aquel varon esclarecido.

Pero ¿qué importa? Mientras viva un amante de su tierra nativa, mientras viva un bascófilo, mientras viva un verdadero euskalduna, no se olvidará el nombre del P. Larramendi: este nombre será por siempre amado y bendecido.

DOMINGO DE AGUIRRE.

